

señor Dabadie, viudo, padre de una muchacha interna en un colegio, era quien había traído allí á esa rubia de treinta años, ajada ya, silenciosa y gentil como una culebra. Debía haber sido institutriz. Era imposible sorprenderla; tan bien sabía deslizarse. Por sí propia nada valía; pero si se acostaba con el jefe de estación, adquiriría decisiva importancia, y el triunfo consistía en tenerla por las orejas, poseyendo su secreto.

—¡Oh! acabaré por saberlo—continuó la Lebleu.—No quiero dejarme comer..... Aquí estamos y aquí seguiremos. Las personas honradas nos dan la razón ¿no es eso?

Toda la estación andaba excitada, apasionada con esta guerra de los dos cuartos. El pasillo, sobre todo, estaba transformado; y no había más persona despreocupada que Moulin, el otro subjefe, que se hallaba satisfecho viviendo en la parte delantera con su mujer, pequeñuela y tímida, á quien nunca se veía, y que le daba un hijo cada verano.

—En fin—concluyó Filomena—aunque bailen ahora en la cuerda floja, no se estrellarán por esta vez..... Desconfíe Ud., porque conocen á personas de mucha influencia.

Seguía con el par de huevos en la mano, y se los ofreció á su amiga: huevos frescos que acababa de coger aquella mañana. Y la vieja se deshacía en cumplidos.

—¡Qué amable es Ud.!..... Venga Ud. á charlar más á menudo. Ya sabe Ud. que mi marido

está siempre en la Caja, y yo ¡me aburro tanto, metida aquí, por causa de las piernas!..... ¿Qué sería de mí, si esos miserables me quitasen las vistas que tengo?

Después, al despedirla, mientras que abría la puerta, se puso un dedo sobre los labios.

—¡Silencio! escuchemos.

Ambas, de pie en el corredor, permanecieron más de cinco minutos sin moverse, conteniendo la respiración y aplicando el oído hacia el comedor de Roubaud, donde reinaba un sepulcral silencio. Y por miedo de que las sorprendiesen se despidieron al cabo, saludándose con la cabeza, sin hablar palabra. La una se alejó en puntillas, y la otra volvió á cerrar su puerta tan quedo que no se oyó el picaporte.

Á las nueve y veinte se hallaba otra vez Roubaud en el muelle, vigilando la formación del mixto de las nueve y cincuenta; pero, á pesar del esfuerzo de su voluntad, no cesaba de gesticular y se volvía á cada instante para inspeccionar el andén con la mirada. Nada ocurría, temblábanle las manos.

Luego, bruscamente, cuando registraba otra vez con sus ávidos ojos la estación, oyó cerca de sí la voz de un empleado del telégrafo, que decía jadeante:

—Señor Roubaud, ¿no sabe Ud. dónde están el jefe de estación y el comisario de vigilancia?..... Tengo despachos para ellos, y hace diez minutos que ando buscándolos.....

Habíase vuelto Roubaud con tal rigidez en

todo su ser, que ni un músculo de su rostro se contraía. Sus ojos se clavaron en los dos despachos que llevaba el empleado. Esta vez, con la emoción del mozo, adquirió la certeza de que se trataba de la catástrofe.

—El señor Dabadie ha pasado por aquí hace un momento—dijo con calma.

Jamás se había sentido tan tranquilo, ni con la inteligencia tan serena para defenderse. Ahora estaba seguro de sí.

—¡Mírele Ud.!—repuso—aquí viene el señor Dabadie.

En efecto, el jefe de la estación llegaba en aquel momento.

Tomó el telegrama, desgarró la cubierta y comenzó á leer. Así que hubo terminado la breve lectura del despacho exclamó:

Se ha cometido un asesinato en la línea.... me telegrafía el inspector de Rouen.

—¿Cómo?—preguntó Roubaud—¿un asesinato en nuestro personal?

—No, un asesinato cometido en la persona de un viajero, dentro de una berlina.... El cuerpo ha sido arrojado casi al salir del túnel de Malau-nay, junto al poste 153.... Y la víctima es uno de nuestros administradores, el presidente Grandmorin.

El subjefe exclamó á su vez:

—¡El presidente! ¡Ah! mi pobre mujer va á tener un disgusto.

Esta exclamación era tan natural, que el señor Dabadie se fijó en ella un instante.

—Es verdad, Ud. lo conocía, un señor muy bueno, ¿eh?

Después, refiriéndose al otro telegrama, dirigido al comisario de vigilancia, añadió:

—Esto debe ser del Juez de instrucción para llenar alguna formalidad sin duda.... Y no son más que las nueve y veinticinco; el señor Cauche no está todavía, naturalmente.... Que vayan pronto al café del Comercio, allí lo encontrarán con seguridad.

Cinco minutos después llegaba el señor Cauche, á quien había ido á buscar un mozo de la estación. Antiguo oficial, que consideraba su empleo como un retiro, no se presentaba nunca en la estación antes de las diez; daba por allí una vuelta y se volvía al café. Este drama, caído entre dos partidas de *piquet*, le había sorprendido en un principio, porque los asuntos que pasaban por sus manos eran ordinariamente poco graves. Pero el despacho venía, en efecto, del Juez de instrucción de Rouen, y si llegaba doce horas después de haberse descubierto el cadáver, era porque el Juez había teleografiado primero á París, al jefe de estación, para saber en qué condiciones había salido la víctima; luego, informado acerca de los números del tren y del coche respectivamente, había enviado orden al comisario de vigilancia para que examinara el estado de la berlina correspondiente al vagón 293, en el caso de que se hallara todavía en el Havre. Pronto desapareció el mal humor que el señor Cauche mostraba por haber sido molestado inútilmente

sin duda, y fué reemplazado por una actitud en armonía con la gravedad excepcional que ofrecía el asunto.

—Pero—exclamó inquietándose de repente con miedo de que la información se le escapase— el coche ya no estará aquí, porque ha debido salir esta mañana.

Roubaud lo tranquilizó.

—No, no, dispense Ud..... Había una berlina detenida para esta noche; el coche está allí, en la cochera.

Y echó á andar, seguido del comisario y del jefe de estación. Sin embargo, la noticia tenía que esparcirse, porque los mozos dejaban socarronamente sus quehaceres é iban también detrás; mientras que en las puertas de los diversos servicios se presentaban empleados que acabaron por acercarse uno á uno. Pronto se formó un gran corro.

Al llegar donde estaba el coche, el señor Dabadie hizo una observación en voz alta.

—Pues ayer se verificó la visita. Si hubiesen quedado huellas, me lo habrían comunicado al dar el parte.

—Vamos á verlo—dijo el señor Cauche.

Y abrió la portezuela, penetrando en la berlina. Al instante exclamó entre juramentos:

—¡Dijérase que han degollado un cochino!

Un soplo de espanto recorrió el grupo de empleados, cuyos cuellos se alargaron para ver mejor, y el señor Dabadie subió al estribo, mientras que Roubaud, detrás de él, para imi-

tar á los demás, alargaba también el cuello.

Interiormente no presentaba la berlina desorden alguno. Los cristales habían permanecido cerrados, todo parecía estar en su sitio. Únicamente se escapaba por la portezuela abierta un olor nauseabundo, y allí, en medio de un almohadón, se había coagulado un charco de sangre, un charco tan profundo y extenso, que de él, como de un manantial, había brotado un arroyuelo. Y nada más, nada más que aquella sangre nauseabunda.

El señor Dabadie se puso colérico.

—¿Dónde están los hombres que hicieron ayer la visita? ¡Que me los traigan!

Presentes estaban, y se adelantaron balbucando excusas; ¿podían haberlo visto de noche? y sin embargo, pasaron las manos por todas partes. Juraban, en suma, que la víspera no habían notado nada.

No obstante, el señor Cauche, en pie dentro del vagón, tomaba notas con un lápiz. Luego llamó á Roubaud, cuyo trato frecuentaba gustoso en los ratos de ocio, fumando cigarrillos y hablando con él á lo largo del andén.

—Señor Roubaud, suba Ud. y me ayudará.

Y cuando Roubaud hubo saltado por encima del charco de sangre, para no pisarlo, añadió el comisario:

—Mire Ud. debajo del otro almohadón á ver si también está manchado.

Lo levantó y miró cuidadosamente.

—No hay nada.

—Pero una mancha que había en la tela del respaldo le llamó la atención, y se la enseñó al comisario. ¿No parecía la señal de un dedo ensangrentado? No, acabaron por convenir en que era una salpicadura. Todo el mundo se había acercado para seguir el examen, apiñándose detrás del jefe de estación, que por delicadeza se quedó en el estribo.

De pronto se le ocurrió una reflexión:

—Diga Ud., señor Roubaud, ¿no estaba Ud. en el tren?.... Tal vez Ud. pueda decirnos algo....

—¡Toma! es verdad—exclamó el comisario. ¿Notó Ud. algo?

Durante tres ó cuatro segundos permaneció Roubaud en silencio. Estaba inclinado á la sazón, examinando la alfombra. Pero se levantó casi en seguida, respondiendo con su voz natural algo gruesa:

—Efectivamente, voy á decirles á Uds.... Mi mujer se hallaba conmigo. Si lo que yo sé debe figurar en la información, preferiría que Severina bajase para refrescar mi memoria con la suya.

Esto le pareció muy razonable al señor Cauche, y Pecqueux, que acababa de llegar, se ofreció á ir por Severina. Hizolo á largas zancadas y entretanto hubo un instante de expectación. Filomena, que había llegado con el fogonero, le seguía con los ojos, enojada porque se había prestado á semejante comisión. Pero habiendo visto á la esposa del señor Lebleu, que venía con toda la ligereza de sus pobres piernas hinchadas, salió á su encuentro y la ayudó á llegar;

ambas mujeres levantaron las manos al cielo y prorumpieron en exclamaciones, impresionadas por el descubrimiento de tan abominable crimen. Bien que todavía no se supiese nada, circulaban ya comentarios y versiones en torno de ellas, sazonados con gestos y ademanes de terror. Dominando el murmullo de voces, afirmaba Filomena, por cuenta propia, que la mujer de Roubaud había visto al asesino. Todo quedó en silencio cuando apareció nuevamente Pecqueux, acompañado de Severina.

—¡Mírela Ud.!—murmuró la Lebleu. ¡Cualquiera dice que es la mujer de un subjefe al ver su aire de princesa! Esta mañana ya estaba así, peinada y ajustada como si fuese de visita.

Severina avanzaba con leve y regular paso. Había que recorrer un largo trecho de andén bajo las miradas que estaban fijas en ella, viéndola venir; pero caminaba firmemente, aunque llevándose el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas que le había arrancado el profundo dolor que le causaba la noticia del nombre de la víctima. Y, vestida con un sencillo y elegante traje negro, parecía llevar luto por su protector. Sus abundantes cabellos negros relucían al sol, pues ni siquiera tuvo tiempo para cubrirse la cabeza, á pesar del frío. Sus azules ojos tan dulces, llenos de agonía y anegados en llanto, dábanle interesantísimo aspecto.

—Razón tiene para llorar—dijo á media voz Filomena.—Ya están frescos, ahora que les han matado á su dios.

Cuando Severina se halló en medio de aquellas gentes, ante la portezuela de la berlina, bajaron el señor Cauche y Roubaud; y enseguida comenzó este último á decir lo que sabía.

—¿Verdad, querida mía, que ayer, en cuanto llegamos á París, fuimos á ver al señor Grandmorin? Serían las once y cuarto, ¿no es eso?

Y la miraba fijamente. Ella respondió con docilidad:

—Sí, las once y cuarto.

Pero sus ojos se habían fijado en el almohadón ennegrecido por la sangre, y sufrió un espasmo y profundos sollozos brotaron de su garganta. El jefe de estación se apresuró á intervenir, conmovido.

—Señora, si no puede Ud. soportar este espectáculo..... Comprendemos perfectamente su dolor.....

—¡Oh! no más que dos palabras—interrumpió el comisario.—Enseguida dejaremos á la señora que se vaya á su casa.

Roubaud se apresuró á continuar:

—Después de hablar de diferentes cosas, nos dijo el señor Grandmorin que debía salir de París al día siguiente, para ir á Doinville, á casa de su hermana..... Aún me parece estar viéndole sentado en su escritorio. Yo estaba aquí, mi mujer ahí..... ¿Verdad que nos dijo eso de ir á casa de su hermana al día siguiente?

—Sí, sí, al día siguiente.

El señor Cauche, que seguía tomando notas con el lápiz, levantó la cabeza.

—¡Cómo al día siguiente, si se puso en camino por la tarde!

—¡Aguarde Ud.!—replicó el subjefe.—Cuando supo que nosotros salíamos por la tarde, pensó tomar el mismo tren, si mi mujer quería irse con él á Doinville, para estar unos días en casa de su hermana, como ha sucedido otras veces. Pero mi mujer, que tenía muchos quehaceres aquí, rehusó..... ¿Verdad que rehusaste?

—Sí, rehusé.

—Estuvo muy amable, trató de mis asuntos, y nos fué acompañando hasta la puerta de su despacho, ¿no es así?

—En efecto, hasta la puerta.

—Por la tarde nos marchamos..... Antes de entrar en nuestro departamento, estuve hablando con el señor Vandorpe, el jefe de estación. Y no he visto más, nada absolutamente. Por cierto que estuve muy aburrido, pues creyendo que estábamos solos, noté luego que había una mujer en un rincón; y poco después entraron dos personas más, un matrimonio..... Hasta Rouen, tampoco ví nada de particular..... en Rouen, donde nos bajamos para estirar un poco las piernas, ¡cuál fué nuestra sorpresa al ver, tres ó cuatro coches más allá del nuestro, al señor Grandmorin, de pie, á la portezuela de una berlina! ¡Cómo es, señor presidente, que se ha puesto Ud. en camino! ¡Cuán agenos estábamos de viajar con Ud.!' Entonces nos dijo que había recibido un telegrama..... Tocaron el silbato y nos fuimos corriendo á nuestro departa-

mento, donde, entre paréntesis, no hallamos á nadie, porque todos nuestros compañeros de viaje se habían quedado en Rouen, lo cual mal-dita la pena que nos causó..... ¡Y esto es todo!.... ¿verdad, querida mía?

—Sí, todo.

Este relato, aunque sencillo, impresionó mucho al auditorio. En todos los semblantes se pintaba el deseo de penetrar el misterio. El comisario preguntó, dejando de escribir:

—¿Y está Ud. seguro de que no había nadie con el señor Grandmorin?

—Completamente seguro.

Todos se estremecieron de horror ante aquel misterio. Si el viajero estaba solo, ¿quién pudo asesinarle y arrojar el cuerpo á tres leguas de allí, antes de que el tren parase otra vez?

En el silencio, oíase la voz de Filomena.

—Es raro, muy raro.

Miróla Roubaud é hizo un gesto, como para indicar que á él también le parecía raro. Entonces vió á Pecqueux y á la mujer de Lebleu que movían la cabeza con extrañeza. Los ojos de todos se fijaron en él; esperaban otra cosa y buscaban en su persona algún detalle olvidado que aclarase el misterio. No había ninguna acusación en sus curiosas miradas; pero él creía, sin embargo, ver esa duda que se torna en certeza, con motivo del hecho más insignificante.

—¡Es extraordinario! — murmuró el señor Cauche.

—¡Extraordinario de todo punto!—repitió el señor Dabadie.

Entonces se decidió Roubaud á añadir:

—De lo que estoy también seguro, es de que el exprés ha caminado con su velocidad reglamentaria, sin que yo observase nada anormal.... Lo digo, porque precisamente, como estábamos solos, bajé el cristal para fumar un cigarrillo, y estuve mirando al exterior y dándome cuenta de todos los ruidos del tren.... En Barentín, habiendo visto en el andén al señor Bessière, el jefe de estación, mi sucesor, le llamé y estuvimos hablando un instante, mientras que, subido en el estribo, me daba la mano.... ¿No es cierto, Severina? Pueden preguntárselo, él lo dirá.

Severina, pálida é inmóvil, con el semblante inundado de disgusto, confirmó una vez más la declaración de su marido.

—El lo dirá, sí.

Desde aquel momento hacía-se imposible toda acusación, supuesto que Roubaud, vuelto á su coche en Rouen, había sido saludado en Barentín por un amigo. La leve sombra de sospecha que el subjefe había creído ver en los ojos de cuantos le miraban, desvaneciése al punto; y el asombro de todos crecía. El asunto tomaba cada vez más misterioso aspecto.

—Veamos—dijo el comisario—¿está Ud. seguro de que nadie haya podido subir, en Rouen, á la berlina, después que Ud. se separó del señor Grandmorin?

Roubaud, que no había previsto esta pregun-

ta, se turbó por vez primera, sin duda porque no tenía preparada de antemano la respuesta. Miró á su mujer y pronunció balbuciente:

—¡Oh, no! no creo.... Estaban tocando el silbato y cerrando las portezuelas, tuvimos el tiempo preciso para volver á nuestro coche.... Además, la berlina era reservada, y creo que nadie podría subir.

Pero los negros ojos de su mujer adquirieron tal expresión, que Roubaud se espantó de haber hablado tan categóricamente.

—Después de todo, yo no sé.... Sí, tal vez pudiera subir alguien.... ¡Había tal confusión!....

Y, á medida que hablaba, aclarábasele la voz; aquella nueva historia iba afirmándose.

—Ya sabe Ud. que, con motivo de las fiestas del Havre, la multitud era inmensa.... Nos vimos obligados á defender nuestro departamento contra viajeros de segunda clase y aun de tercera.... Además, la estación está mal alumbrada, no se veía apenas, y todo el mundo tropezaba y chillaba en el apresuramiento de la marcha.... ¡Sí, á fe! es muy posible que, no sabiendo cómo colocarse, ó aprovechándose del barullo, se introdujese alguien violentamente en la berlina, en el último instante.

E interrumpiéndose, dijo:

—¿Eh, Severina? es lo que ha debido suceder.

Severina, transida de dolor, repitió, llevándose el pañuelo á los ojos:

—Seguramente, eso es lo que ha debido suceder.

Desde entonces se presentaba la pista, y, sin decir una palabra, el comisario de vigilancia y el jefe de estación cambiaron una mirada de inteligencia. Un largo movimiento de oleaje se produjo entre la multitud, que veía llegado el fin de la información y necesitaba dar rienda suelta á sus comentarios, los cuales no se hicieron esperar mucho. Hacía un rato que el servicio de la estación estaba en suspenso; todo el personal se hallaba allí hipnotizado por el suceso, siendo una verdadera sorpresa la llegada del tren de las nueve y treinta y ocho. Todos echaron á correr, abriéronse las portezuelas y comenzaron á bajar los viajeros. La mayor parte de los curiosos se habían quedado en torno del comisario, que por escrúpulos de hombre metódico visitaba otra vez, la última, aquella berlina ensangrentada.

Pecqueux, que gesticulaba entre la mujer de Lebleu y Filomena, vió en aquel momento á su maquinista, Santiago Lantier, que acababa de bajar del tren y se hallaba mirando de lejos el corro de gente. Le llamó con la mano, pero Santiago no se movía. Por último, echó á andar lentamente.

—¿Qué hay?—preguntó á su fogonero.

Pero como lo sabía todo, escuchaba distraidamente la noticia del asesinato y las suposiciones que se hacían con tal motivo. Lo que le trastornó por completo fué el caer en medio de aquella información, hallándose frente á la berlina que apenas había distinguido en medio de las tinie-

blas, lanzada á todo escape. Asomó la cabeza para mirar el charco de sangre que había en el interior del coche, y se le representaba la escena del asesinato, el cadáver sobre todo, atravesado en la vía, con la garganta abierta. Después, al apartar los ojos, vió á Roubaud con su mujer, mientras que Pecqueux seguía contándole la historia, de qué modo se hallaban éstos mezclados en el asunto, su salida de París en el mismo tren que la víctima, y las últimas palabras que cambiaron con ella en Rouen. A Roubaud lo conocía de saludarle casi diariamente, desde que hacía el servicio del exprés; á Severina habíala visto de vez en cuando, pero se había apartado de ella como de las demás. Sin embargo, en aquel momento, pálida y llorosa, con la dulzura de sus ojos azules, le llamó la atención. No acertaba á separar la mirada de Severina, y hubo un instante en que se preguntó la causa de encontrarse allí él, Roubaud y su mujer; cómo los acontecimientos habían podido reunirlos ante aquel coche del crimen, á ellos de vuelta de París, y á él de regreso de Barentin.

—¡Oh! lo sé—dijo en voz alta, interrumpiendo al fogonero.—Precisamente me encontraba yo á la salida del túnel y creí ver algo en el tren que pasaba.

Estas palabras causaron grandísima sensación. Todos formaron corro en torno de él. Y Santiago fué el primero que se sintió trastornado por lo que acababa de decir. ¿Por qué hablaba, después de haberse prometido á sí propio callar-

se? ¡Cuán buenas eran las razones que le aconsejaban el silencio! Y las palabras se le habían escapado inconscientemente, mientras que miraba á Severina. Esta apartó bruscamente el pañuelo para fijar sus espantados ojos en Santiago.

Pero el comisario se acercó apresuradamente con el jefe de estación.

—¡Cómo! ¿qué ha visto usted?

Y Santiago, del cual no se apartó un punto la mirada de Severina, dijo lo que había visto: la berlina alumbrada, pasando, en medio de la noche, á todo vapor, y los fugitivos perfiles de los dos hombres, tumbado el uno, con el arma en la mano el otro. Junto á su mujer, estaba Roubaud escuchando, fijos sus azorados ojos en Santiago.

—De modo—preguntó el comisario—¿que reconocería Ud. al asesino?

—¡Oh! eso no, no lo creo.

—¿Llevaba paletot ó blusa?

—No puedo asegurarlo. ¡Figúrese Ud., en un tren que marcha con la velocidad de ochenta kilómetros! imposible.

Severina cambió una mirada con Roubaud, el cual se atrevió á decir:

—Efectivamente, habría que tener buenos ojos.

—No importa—manifestó el señor Cauche—esta declaración es muy importante. El Juez le ayudará á Ud. á ver claro en todo esto.... Señor Lantier y señor Roubaud, denme ustedes exactamente sus nombres para las citas.

Aquello había terminado: disolvióse poco á poco el grupo de curiosos, y el servicio de la estación recobró su habitual actividad. Roubaud, sobre todo, tuvo que correr á presenciar la formación del mixto de las nueve y cincuenta, que ya se iba llenando de viajeros. Había dado á Santiago un apretón de manos más vigoroso que de ordinario; y éste, que se quedó solo con Severina, detrás de la mujer de Lebleu, de Pecqueux y de Filomena, se creyó en el deber de acompañarla hasta la escalera de los empleados, no hablando palabras qué decirle, pero sujeto á su lado, no obstante, como si algo lo encadenase allí. A la sazón mostrábase el día más sonriente, el sol se presentaba vencedor de las nieblas de la mañana, en el purísimo cielo azul; mientras que la brisa del mar aumentada su fuerza con la marea que subía, aportaba su salada frescura. Y como se apartase de Severina, mediante una vulgar palabra de despedida, tropezó de nuevo con sus rasgados ojos, cuya dulzura y dolorosa impresión le habían emocionado tanto.

Pero sintióse un prolongado silbido. Era Roubaud que daba la señal de partida. Contestó la máquina con otro no menos prolongado y más estridente, y el tren de las nueve y cincuenta comenzó á rodar, lentamente al principio, veloz después, hasta que desapareció á lo lejos en medio de la dorada polvareda de los rayos del sol.

IV

Aquel día, en la segunda semana de Marzo, el señor Denizet, Juez de instrucción, había citado nuevamente en su despacho del Palacio de Justicia de Rouen á varios testigos importantes de la casa Grandmorin.

Hacia tres semanas que esta causa estaba dando gran ruido. Traía trastornados á Rouen y á París, y los periódicos de oposición, en la violenta campaña que sostenían contra el Imperio, se habían apoderado de ella como de una máquina de guerra. La proximidad de las elecciones generales encarnizaba la lucha. En la Cámara se produjeron sendas discusiones: una en que se discutió agriamente la validez de los poderes de dos diputados adictos á la persona del emperador, y otra en que se encarnizaron contra la gestión económica del Prefecto del Sena, reclamando la elección de un Consejo municipal. La cuestión Grandmorin llegaba muy á propósito para continuar la agitación; circulaban las historias más extraordinarias; los periódicos traían todas las mañanas nuevas hipótesis injuriosas para el Gobierno. De una parte dejábase entrever que la víctima, un familiar de las Tullerías, antiguo magistrado condecorado con la Legión de Honor y hombre riquísimo, se había entregado á maldades de las del peor género; de otra,